

V

En el despacho de Alfonso de Maia duraba todavía, á pesar de ser tarde, la partida de whist. La mesa estaba junto á la chimenea abrigada por el biombo japonés, á causa de la bronquitis de don Diego y de su terror á las corrientes de aire.

Aquel viejo dandy, á quien las damas de otra época llamaran "el lindo don Diego", gentil torero que durmiera en un lecho real, acababa precisamente de tener uno de sus accesos de tos, cavernosa, áspera, que le sacudían como una ruina, y que procuraba ahogar con el pañuelo, con las venas hinchadas, rojo hasta la raíz del pelo.

Pasó. Con la mano aun trémula, el viejo petimetre limpió las lágrimas que le llenaban los ojos enrojecidos, tomó una pastilla, bebió un sorbo de agua azucarada y preguntó á Alfonso, su compañero, en voz ronca y sorda:

—¿Bastos, verdad?

Y de nuevo cayeron uno tras otros los naipes sobre el tapete verde, entre el silencio que seguía siempre á la tos de don Diego. Oíase la respiración fatigosa del general Sequeira que aquella noche padecía á consecuencia de la mala suerte de su compañero Villaga.

Se elevó una voz fina, metálica: el reloj Luis XV fué dando alegre y vivamente media noche; después resonó el canto argentino de su minué que acabó presto. Reinó nuevo silencio. Una red de seda encarnada envolvía los globos de las dos lámparas Cárcel, y la luz así tamizada, cayendo sobre el damasco rojo de las paredes y de los asientos, producía una suave refracción color de rosa, algo así como una vaporosa penumbra en que la habitación se bañaba y dormía; sólo aquí y allá, en el roble sombrío de los estantes, relucía en silencio el oro de un Sévres, una palidez de marfil, ó algún tono esmaltado de antigua mayólica.

—¡Qué! ¡Tan encarnizados!— exclamó Carlos que levantó el portier y entraba, y con él el ruido del billar.

Alfonso, que recogía su baza, volvió la cabeza y preguntó con interés:

—¿Cómo va? ¿Está sosegada?

—¡Está mucho mejor!

Era la primera enferma grave de Carlos, una muchacha oriunda de Alsacia, casada con Marcelino el panadero, muy conocida en el barrio por sus hermosos cabellos rubios y rizados, que llevaba siempre en dos soberbias trenzas que le caían por la espalda. Estuvo á la muerte de una neumonía, y á pesar de no ofrecer ya cuidado, como la panadería estaba frente á Ramillete, Carlos atravesaba muchas veces la calle para tranquilizar á Marcelino que, junto á la cama, abrigado en un capotón, ahogaba sollozos de amante y escribía en un libro de cuentas.

Alfonso se interesó lo indecible por aquella neumonía, y estaba realmente agradecido á la alsaciana por haberse dejado salvar por Carlos. Hablaba de ella enternecido, le parecía muy linda, le gustaba su

acento alemán, afirmaba que había traído la prosperidad á la panadería... Para la convalecencia le había enviado ya seis botellas de Burdeos.

—¿Está [fuera de peligro, enteramente fuera de peligro?—preguntó Villaça, abriendo la caja de rapé.

—Sí, casi buena—contestó Cárlos aproximándose al fuego.

La noche era fría. Desde el anochecer helaba; el cielo aparecía puro y sereno, tachonado de estrellas que brillaban como puntas de acero, y ninguno de aquellos caballeros recordaban haber visto el termómetro tan bajo. Sí, Villaça recordaba un Enero peor durante el invierno de 1864...

—Es necesario cargar el *punch*, ¿verdad, general?—exclamó Cárlos dando palmadas en los macizos hombros de Sequeira.

—No me opongo,—replicó el otro que miraba con reconcentrado rencor una sota de copas que estaba sobre la mesa.

Cárlos movió y arregló los tizones; una lluvia de oro cayó sobre la ceniza, brotó la llama alegre y clara dando reflejos dorados á la piel de oro sobre la cual el Reverendo Bonifacio, estirado, se tostaba al calor y ronronaba de gozo.

—Ega debe estar radiante—decía Carlos, acercando los pies al fuego;—por fin está justificada su pella. A propósito ¿alguno de ustedes ha visto á Ega estos últimos días?

Nadie contestó, porque se había presentado una jugada peliaguda. La larga mano de don Diego recogía despacio la baza y con igual languidez y silencio soltó una carta de bastos.

—¡Ah, Diego, Diego!—gritó Alfonso retorciéndose como si le apuñalearan.

Contúvose. El general, cuyos ojos lanzaban chis-

pas, colocó una sota; Alfonso, hondamente afligido, se separó del rey de bastos; Villaça tiró el as.

Inmediatamente estalló una discusión acerca de la jugada de don Diego. Carlos, á quien fastidiaba el juego, entreteníase en hurgar el fofó vientre del venerable Reverendo.

—¿Qué preguntabas, hijo?—contestó por fin Alfonso, levantándose aún irritado, para cargar la pipa, su consuelo en las derrotas.—¿Ega? No; no se le ha visto el pelo. Es bien ingrato ese buen John.

Al oír el nombre de Ega, Villaça levantó con curiosidad la cabeza y dijo:

—¿Es verdad que va á poner casa?

Fué Alfonso quién contestó, sonriendo y encendiendo la pipa:

—¡Poner casa, comprar *coupé*, inventar una librea, dar *soirées* literarias, publicar un poema, todo lo posible!

—Estuvo en el despacho—dijo Villaça—y me pidió informes acerca del precio de muebles y telas... Como sé que es amigo de la casa, le complací, hasta le enseñé las facturas.

Y añadió, respondiendo á una pregunta de Sequeira:

—Sí, su madre tiene dinero y creo que le da bastante. Se me antoja que se va á dedicar á la política. Tiene talento, habla bien; su padre ya era muy regenerador. Hay ambición en él.

—Lo que hay es mujer—contestó don Diego con decisión, acentuando su afirmación con una caricia á la rizada punta de su bigote.—Se le ve en la cara... basta verle la cara... es cuestión de mujer.

Carlos sonreía y admiraba la penetración de don Diego; Sequeira, á fuer de franco soldado, quiso saber quién era la Dulcinea. Pero el viejo dandy declaró desde las profundidades de su experiencia, que

estas cosas no se sabían nunca y que era mejor que no se supieran. Después emitió con gran condescendencia este juicio:

—Me gusta Ega, sabe presentarse; tiene gran soltura.

Habían vuelto á dar. Guardaban silencio. Sequeira, mirando su juego, lanzó un gruñido sordo y cogiendo el cigarro del cenicero, le dió una chupada furiosa.

—Veó que los señores son muy viciosos. Voy al billar donde he dejado á Steinbroken muy indignado con el marqués, que le ganaba ya cuatro mil reis ¿Quieren ustedes el *punch* aquí?

Ninguno de los jugadores contestó.

En el billar reinaba el mismo silencio solemne. El marqués, tendido sobre la mesa, con una pierna al aire, apuntaba la carambola decisiva. Cruges, que apostó en favor suyo, se había levantado y vigilaba con inquietud la jugada. En el fondo de la sala, destacándose en negro, Silveirita, Eusebio de Santa Olavia, estiraba también el pescuezo envuelto en una corbata de merino negro, tan esmirriado como siempre, con las manos hundidas en los bolsillos y tan fúnebre, que todo en él parecía el complemento de un luto rigoroso, hasta en lo negro del pelo lacio, hasta en lo negro de los lentes ahumados. De pie junto al billar el adversario del marqués, Steinbroken, esperaba; y á pesar de la emoción de hombre del norte apegado al dinero, aparecía correcto, apoyado en el taco, sonriendo, conservando la flema británica, con su traje puramente inglés; levita ajustada, de mangas estrechas y un tanto cortas y pantalones á cuadros que caían sobre unos zapatones casi sin tacón.

—¡Hurrah!—exclamó de pronto Cruges.—Vengan para acá los diez tostones, Silveirita.

El marqués había ganado la partida.

—¡Usted me trajo la suerte, Carlos! Steinbroken dejó el taco y lentamente, una á una, sacó las cuatro monedas perdidas.

Pero el marqués, con la tiza en la mano, le provocaba á nueva lucha, hambriento de oro finlandés.

—No, ya basta; ¡hoy está usted *terrible!*—decía el diplomático en un portugués bárbaramente acentuado.

El marqués insistía, plantado enfrente de él, con el taco al hombro, augurándole mala suerte, quería arruinarle, obligarle á empeñar aquellas hermosas sortijas y hacer que él, ministro de Finlandia, representante de reyes poderosos, acabara por vender periódicos por las calles.

Todos reían y Steinbroken también, pero con risa forzada, fijando en el marqués su mirada azul claro, claro y frío, que tenía en el fondo de su miopía la dureza de un metal. A pesar de su simpatía por la ilustre casa de los Souzellas, imaginaba aquellas familiaridades, aquellas bromas incompatibles con su dignidad y con la dignidad de Finlandia. El marqués, que tenía un corazón de oro, le había pasado ya la mano por la cintura y decía:

—Bueno, ya que no quiere usted más billar, cantemos un poquito, amigo Steinbroken.

A esto accedió el ministro, afable, pasándose la mano por el pelo, de un rubio de mazorca de maíz.

Todos los Steinbroken, de padres á hijos (como ya lo dijera á don Alfonso) eran buenos barítonos, y esto valió á la familia no pocas consideraciones sociales. Por la voz cautivara su padre al viejo rey Rodolfo III, que le nombró gentilhombre de casa y boca y lo tenía noches enteras en su cuarto, tocando el piano, cantando salmos luteranos, canciones estudiantiles, sagas de Dalecarlia, mientras el taci-

turno monarca fumaba y bebía, hasta que, saturado de emoción religiosa, saturado de cerveza negra caía en el sofá sollozando y babeando. El mismo Steinbroken ganó gran parte de sus ascensos al piano, ya como agregado, ya como segundo secretario. Nombrado jefe de legación, se abstuvo de cantar y sólo cuando vió que el *Figaro* alababa los valses del príncipe Artoff, embajador de Rusia en París y la voz de bajo del conde Baspt, embajador de Austria en Londres, fué cuando se arriesgó de vez en cuando, siguiendo tan altos ejemplos, á cantar en *soirées* íntimas, algunas melodías finlandesas. Cantó un día en Palacio. Y desde entonces ejerció con celo, con formalidad, con previos ensayos, su cargo de "baritono plenipotenciario," que decía Ega. Y algunas veces, entre amigos, se lanzaba á cantar algunos *couplets* no muy diplomáticos, cierta balada inglesa:

Oh the Serpentine
Oh my Caroline...
¡Oh!

Este ¡oh! tal como él lo emitía, resultaba digno hasta cierto punto... Pero jamás cantaba tales cosas sino entre mozos, con los portiers corridos.

Pero aquella noche el marqués, que le llevaba del brazo á la sala del piano, exigía una de aquellas baladas finlandesas que le llegaban al alma.

—Una que tiene unas palabritas que me gustan, *frisk, glusk...*

—¡Ah! La Primavera—dijo el diplomático sonriendo.

Pero antes de entrar en la sala, el marqués soltó el brazo de Steinbroken, hizo una seña á Silveirita llamándole aparte, y bajo un sombrío cuadro de *Santa Magdalena en el desierto*, arrepentida y mos-

trando desnudeces de ninfa lúbrica, le dijo con aspereza casi:

—Vamos á ver. ¿En qué quedamos?

Hacia semanas que había una negociación entre ellos acerca de dos yeguas blancas: Ega quería poner carruaje, y el marqués procuraba venderle las yeguas diciendo que eran magníficas. Pedía por ellas un conto quinientos mil reis. A Silveirita le habían avisado varios amigos que el marqués intentaba jugarle una mala pasada, que las yeguas eran dos antiguallas; pero el mozo, dominado por el vozarrón del marqués, por la robustez de su físico, por la antigüedad de su título, no se atrevía á rehusar. Mas vacilaba, y aquella noche dió la misma contestación de siempre:

—Ya veremos, marqués... Un conto quinientos mil reis es mucho dinero...

El marqués levantó dos brazos amenazadores como dos trancas.

—¡Hombre, sí ó no! Qué diablo... Dos animales admirables... ¡Ea! ¿Sí ó no?

—Lo pensaré... Es mucho dinero... sí... mucho dinero...

—¿Pensaba acaso pagarlas con alubias? ¡Hará usted que me enfadel!...

Resonaron los primeros acordes del piano, y el marqués, que deliraba por la música, se marchó sin acordarse más de las yeguas. Eusebio permaneció unos minutos en el mismo sitio, rascándose la barba, hasta que al fin, al oír las primeras notas de Steinbroken, pasó como una sombra silenciosa entre la puerta y la cortina.

Apartado del piano según su costumbre, encorvado, con la melena cubriéndole el cuello de la levita. Cruges tocaba, fijos los ojos en la partitura de *Me-*

lodias Finlandesas. A su lado, tieso, serio, casi oficial, con el pañuelo de seda en la mano, Steinbroken lanzaba un canto festivo, que parecía una tarantela, en el que se entrecrocaban aquellas palabrejas que gustaban al marqués: *frisk, slecht, cliksf, glukst*. Era la Primavera, fresca y silvestre, la primavera del norte, de un país montañoso, cuando toda la aldea baila alegre bajo los oscuros abetos, la nieve se derrite en cascadas y un sol pálido aterciopela los musgos y la brisa trae olor de resinas... En los graves y sostenidos hinchábanse las venas del finlandés; en los agudos empinábase sobre la punta de los pies, como arrebatado por lo vivo de la música, y poniéndose la mano en el pecho centelleaban todas las piedras de sus sortijas.

El marqués, con las manos en las rodillas, parecía absorber aquella música que le embelesaba. Sonreía enternecido Carlos, recordando á Mme. Rughel, que viajara por Finlandia y que cantaba la primavera en sus horas de sentimentalismo flamenco...

Steinbroken lanzó un *stacato* agudo, é inmediatamente, apartándose del piano, se pasó el pañuelo por las sienes, por el cogote y dió las gracias á Cruges por su acompañamiento, por medio de un silencioso *shake-hands*.

—¡Bravo! ¡Bravo!—berreaba el marqués moviendo al aplaudir, los brazos como dos martillos.

Otros aplausos resonaron junto á la puerta. Eran los jugadores de *whist* que habían terminado su partida. Casi en seguida los criados entraron con bandejas de cloquetas y sandwiches ofreciendo St. Emilión y Oporto; y en una mesa, entre una doble hilera de copas, humeaba la ponchera, esparciendo grato aroma de cognac y de limón.

—De modo, pobre amigo—dijo Alfonso á Stein-

broken,—¿que aun canta usted esas bellas canciones á estos bandidos que le apabullan en el billar?

—Sí, me derrotaron, me derrotaron... No, gracias; prefiero una copita de Oporto.

—Hoy fuimos nosotros las víctimas—exclamó el general aspirando con delicia el aroma del ponche.

—¿Usted también, mi general?

—Sí, señor; también me casaron...

¿Y qué le parecían al amigo Steinbroken las noticias recibidas por la mañana, la retirada de Mac Mahón, la elección de Grevy?... Lo que más le encantaba de todo aquello era la retirada definitiva del señor de Broglie, el académico de estrechas miras que quería imponer la opinión de dos ó tres salones doctrinarios á toda una democracia. ¡Bien se lo decía el *Times*!

—¿Y el *Punch*? ¿No ha visto el *Punch*? ¡Es delicioso!...

El ministro apartó la copa y frotándose las manos discretamente, dijo en voz grave su frase, la frase definitiva con que juzgaba todos los acontecimientos que avisaba el telégrafo:

—Es grave, es excesivamente grave...

Después se habló de Gambetta, y como Alfonso le augurara una próxima dictadura, el diplomático tomó misteriosamente el brazo de Sequeira, y le murmuró al oído la palabra que le servía para definir á hombres de Estado, poetas, viajeros ó tenores:

—Es un hombre muy fuerte. Excesivamente fuerte.

—¡Es un fantasmón!—replicó el general malhumorado.

Y los tres abandonaron la sala hablando de política, mientras Cruges preludiaba melodías de Men-

delsshon y Chopín, después de haber devorado un plato de cloquetas.

El marqués y don Diego, sentados en el mismo sofá, uno con su tisana de inválido, otro con una copa de San Emilión, hablaban también de Gambetta: fué el único que durante la guerra demostró re- daños de hombre; que hubiese "comido" ó que "quisiese comer,, como decían, poco le importaba. Y el señor Grevy también le parecía un hombre serio, un buen ciudadano, un buen jefe de Estado...

—¿Es hombre de mundo?—preguntó lánguidamente el viejo dandy.

El marqués sólo le había visto en la Cámara de los Diputados, presidiendo y muy digno...

Don Diego murmuró con un melancólico desdén en la voz, en el gesto, en la mirada:

—¡Lo que yo quisiera de toda esa canalla, es la salud, marqués!

El marqués le consoló, amable y campechano. Toda aquella gente parecía fuerte porque se cuidaba de cosas grandes; pero en realidad tenía asma mal de piedra, gota... Don Diego era fuerte como un Hércules...

—¡Un Hércules! Lo que hay es que usted se cuida mucho... Se le figura estar achacoso... Es preciso reaccionar... Debería usted hacer gimnasia y tomar duchas... ¡Usted, en realidad, es de hierro!

—Sí, sí, aun estoy fuerte...—replicó don Diego sonriendo y desvanecido.

—¡Ya lo creo! Si yo fuese mujer ó caballo, mejor le querría á usted que á esos mequetrefes que andan por ahí medio podridos... ¡Ya no hay hombres de su temple, don Diego!

—Ya no hay nada—contestó el otro, grave y convencido, como el último hombre ante las ruinas de un mundo.

Pero era tarde y debía pensar en retirarse. El marqués aun se quedó, tumbado en el sofá, cargando lentamente la pipa, contemplando aquella sala que le encantaba con su lujo Luis XV, sus floridos y sus dorados, las ceremoniosas poltronas de Beauvais, las tapicerías de Gobelinos de tonos desmayados, con sus pastoras y zagalas... En aquella hora, á la luz artificial, parecía haber resucitado otro siglo, y el marqués reclamó un minuet, una gavota, algo que recordase á María Antonieta y Versailles. Cruges dejó morir la vaga melodía que brotaba bajo sus dedos, preparóse, alargó los brazos y atacó, con pedal solemne, el *Himno de la Carta*. El marqués huyó.

Villaça y Eusebio conversaban en el corredor, sentados en un arcón de encina tallada.

—¿Tratan de política?—preguntó el marqués al pasar.

Ambos sonrieron y Villaça contestó en broma:

—¡Es preciso salvar la patria!

Eusebio pertenecía también al centro progresista, aspiraba á tener influencia electoral en Resende y por las noches tenía conciliábulos con Villaça. Pero entonces hablaban de los Maias: Villaça contaba á Silveirita, propietario, vecino de Santa Olavia, criado casi con Carlos, ciertas cosas que le disgustaban; por ejemplo, no podía aprobar que Carlos hubiese tomado un palco proscenio.

—¿Para qué, señor, para qué? No va nunca al teatro; se pasa aquí las noches. A lo sumo ha estado dos ó tres veces... Y le cuesta un dínal... El palco es para Ega, para Taveira, para Cruges. Yo ni siquiera he estado; ni usted tampoco, creo. Verdad que está usted de luto.

Eusebio pensó que no se le había invitado siquiera y murmuró sonriendo:

—Si siguen así se pueden entrapar...

Una palabra tan humillante aplicada á los Maias, á la casa que él administraba, indignó á Villaça. ¡Entrámparsel

—El amigo no me ha comprendido... Se gasta inútilmente, pero, á Dios gracias, la casa puede soportar eso y mucho más. Es verdad que se gastan casi todas las rentas; los cheques no se dan punto de reposo; y hasta aquí la costumbre de la casa fué ahorrar, preparar reservas. Ahora el dinero se derrite...

Eusebio masculó algunas palabras acerca de los gastos de Carlos, de los nueve caballos, del cochero inglés, de los grooms... El procurador replicó:

—Eso, amigo, es natural. Gente así debe tener representación, un tren de casa bien montado. Tiene deberes de sociedad... Es como don Alfonso... Gasta mucho dinero, sí; pero la mayor parte se va en limosnas, en pensiones, en empréstitos que no le pagan nunca...

—Mala costumbre...

—No la censuro... Es costumbre de la casa: ya lo decía mi padre; de la puerta de los Maias nadie se marcha descontento... ¡Pero un palco al que no va nadie! Sólo para Cruges ó para Taveira...

Calló. Precisamente en el extremo del corredor asomaba Taveira, tapado hasta los ojos, en el cuello de un ulster que dejaba asomar las puntas de un pañuelo de seda de color claro. El criado tomó el abrigo y él, de frac y chaleco blanco, saludó á Villaça y Eusebio, estremecido de frío, pero diciendo que el frío era elegante y la nieve muy *chic*.

—Por mi parte—decía Villaça,—prefiero nuestro hermoso sol portugués.

Entraron en el *fumoir*, donde resonaban las vo-

ces del marqués y de Carlos, hablando de caballos y de sport.

—¿Qué tal? ¿Es buena cantante?—preguntaron á Taveira.

Pero antes de dar cuenta de la nueva tiple, Taveira reclamó algo caliente. Sepultado en un sillón junto al fuego, saboreando sorbos de ponche y un cigarrillo habano, declaró que no había sido un *fiasco*.

—A juicio mío, no vale nada; no tiene escuela, ni voz, ni tablas. Pero estaba tan atortolada, que nos dió lástima, y la aplaudimos...

—¿Y qué tal es, Taveira?—inquiría el marqués.

—Gordita—decía Taveira colocando las palabras como pinceladas,—alta, muy blanca, buenos ojos, lindos dientes...

—¿Y el pie?—dijo el marqués, con los ojos encandilados y pasándose la mano por la calva.

Taveira no se fijó en el pie; no le gustaban los pies...

—¿Quién estaba?—preguntó Carlos, indolente y bostezando.

—Los de siempre. Ah! ¿Sabes quién ha tomado el palco que está al lado del tuyo? Los Gouvarinhos. Estaban allí esta noche...

Carlos no conocía á los Gouvarinhos. Le explicaron que el conde Gouvarinho, el par del reino, era un hombre alto, con lentes, *poseur*... Y la condesa, una señora inglesa, con el pelo color de ceniza, muy bien formada... Carlos no les conocía.

Villaça veía al conde en el Centro progresista, donde se le tenía por una columna del partido. Según Villaça, tenía talento. Lo que le admiraba es que se atreviera á tomar palco, entrapado como estaba. Tres meses antes le habían protestado una letra de ochocientos mil reis...

—¡Un asno, un gagnápiro!—exclamó el marqués con enojo.

—Pero los miércoles se divierte—agregó Taveira contemplando sus calcetines de seda.

Hablóse luego del duelo entre Acevedo, de la *Opinion*, y de Núñez, autor de *El-Rei Bolacha*, la gran magia de la calle de los Condes, y ex-ministro de Marina. Se habían insultado con saña desde las columnas de los periódicos; hacía diez días que se esperaba el duelo; Lisboa quería sangre. Cruges había oído decir que Núñez no quería batirse por llevar luto de una tía y que Acevedo se marchó á Algarve; pero Villaça explicó que el primer ministro, que era primo de Acevedo, no quería que se batiesen y tenía bloqueadas las casas de los adversarios.

—¡Es un canalla!—prorrumpió el marqués con uno de sus brutales arranques.

—No deja de tener razón el ministro—replicó Villaça.—A veces los duelos acaban de un modo trágico...

Hubo un corto silencio. Carlos, que se caía de sueño, preguntó á Taveira si Ega estaba en el teatro.

—¡No faltaba más! Cumplía su servicio en el palco de los Cohen...

—Así, pues—dijo el marqués,—se ve claro que Ega se entiende con la mujer de Cohen...

—¡Ya lo creo! ¡Más claro, ni el agua!

Carlos, que se levantara á fin de sacudir el sueño, recordó la máxima de don Diego; tales cosas no debían saberse; era mejor que no se supieran. Pero el marqués se puso pesado. Afirmaba que Ega hacía bien en pegársela al banquero judío. Los judíos le jeringaban en general; pero le ofendía de un modo singular la especie *banquero*. Comprendía el saltea-

dor de caminos; el comunista, que arriesga el pellejo en una barricada. Pero los banqueros, los *Fulano* y *C.* le daban náuseas... Y aseguraba que destruirles la paz doméstica era una obra meritoria!

—¡Las dos y cuarto!—exclamó Taveira que miró el reloj.—¡Y yo, empleado público, que ha de estar en la oficina mañana á las diez, aun no me he marchado!

—¿Qué diantre hacéis en el tribunal de Cuentas?—preguntó Carlos.—¿Jugar? ¿Charlar?

—Un poco de cada cosa para matar el tiempo... ¡Hasta cuentas!

Alfonso de Maia se había retirado; Steinboken y Sequeira ya partieran; don Diego ya debía estar en su caserón tomando tisana y poniéndose un emplastro bajo la vigilante mirada de Margarita, su cocinera y su postrer amor. Taveira, sepultado de nuevo en su ulster, trotaba hacia su casita, que estaba cerca. El marqués consiguió llevarse á Cruges en su *coupé* para que le tocara en el órgano algunos trozos de música religiosa y triste, que le hacían llorar, recordando sus amores y comiendo pollo frío y tajadas de jamón. Y el viudo, Eusebio, moviendo las mandíbulas, tan triste y fúnebre como si caminase hacia su propia sepultura, se dirigió al lupanar, donde tenía una *pasión*.

El laboratorio de Carlos, estaba pronto; muy atractivo, muy nuevecito, con sus hornos, su gran mesa de mármol, el diván de cin para descansar después de los grandes descubrimientos, y en torno, en estantes y muebles el brillo de metales y cristales; pero pasaban las semanas y todo aquel arsenal de *experimentación* permanecía virgen bajo la luz de